Marzo
rona.-
Sleg

Burat. Nov. 1.

LA FIERA

LA FIERA

DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

B. PÉREZ GALDÓS

Estrenóse en el TEATRO DE LA COMEDIA, la noche del 23 de Diciembre de 1896.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
SUCESORES DE RODRÍGUEZ Y ODRIÓZOLA
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1897

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

PERSONAJES	ACTORES
SUSANA, Baronesa de Celis, sobrina del Marqués de Tremp..	Srta. Cobeña.
DOÑA MONSA, Marquesa de Tremp.....	» Cancio
DOÑA SATURNA, hermana del Marqués.....	Sra. Fernández.
BERENGUER.....	Sr. Thuillier.
DON JUAN, hijo del Marqués de Tremp, jefe de realistas y Gobernador de la plaza.....	» Cuevas.
SAN VALERIO.....	» Vallés.
FABRICIO.....	» Valentín.
BONAIRE.....	» Balaguer.
EL MARQUÉS DE TREMP, Regente.....	» Altarriba.
MAGÍN, soldado realista.....	» Moreno.
CASTELL, oficial realista.....	» Claria.
BONALD, oficial realista.....	» Ruiz Tatay.
BLASA, criada.....	Srta. Palma.

La acción en Urgell, 1822.

NOTA. Lo indicado con este signo ✠, se suprime en la representación con objeto de abreviarla.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Administración Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

Salón de planta baja en la residencia del Marqués de Tremp. A la izquierda, una puerta y gran chimenea gótica, encendida con gruesos troncos. A la derecha, puerta que conduce á las habitaciones interiores. Al fondo, puerta grande con forillo, comunicación con otras salas, patio, esplanada y calles. Decorado severo y antiguo. Mesas y sillas de nogal. Una alacena. Es de día.

(Derecha é izquierda se entiende del espectador).

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, á la derecha, despachando con CASTELL; MAGÍN, que acaba de llegar; á la izquierda, DOÑA MONSA, sentada, devanando una madeja que sostiene BONAIRE; junto á ella, DOÑA SATURNA, leyendo cartas, que va metiendo en su ridículo.

JUAN. (A Magín). ¿Qué ocurre?

MAGIN. Romagosa ha dado un achuchón al regimiento de Mallorca, de la columna de Zorraquín, matándole seis hombres y cogiéndole catorce prisioneros.

JUAN. ¿Dónde?

MAGIN. Hacia Bellver.

JUAN. ¿Qué más?

MAGIN. El Trapense ha destrozado la columna de Rotten.

JUAN. Bien.

MONSA. Ese es el hombre, fray Antonio Marañón, nuestro bendito guerrillero, defensor del trono y de la fe.

BONAIRE. ¡Viva el Trapense!

MONSA. Juicio, señor Bonaire. Con su entusiasmo ha enredado la madeja.

SATURNA. Y con sus chillidos no me deja leer.

BONAIRE. (Tratando de desenredar la madeja). Señoras, no es para incomodarse. ¡Viva el Rey absoluto!

MONSA. ¡Adulón! (Se levanta para arreglar la madeja).

JUAN. (Al Oficial, que se levanta). Que salgan al instante los refuerzos que enviamos á Misas.

CASTELL. (Saludando). Mi General... (Vase).

JUAN. (A Magín). ¿Y tú...?

MAGIN. ¿Me vuelvo á la facción?

JUAN. Sí.

MONSA. ¡Pobre Magín! Déjale descansar siquiera un día. En casa le necesitamos.

MAGIN. Quiere la señora doña Susanita que aliste la litera para salir de paseo.

JUAN. Es verdad. Puedes quedarte hoy.

MAGIN. Con permiso... (Vase. Don Juan, silencioso, se sienta y examina un plano).

BONAIRE. Ya está deshecho el nudo. Adelante... No desharán tan fácilmente las tropas de Mina el que le han armado nuestros guerrilleros en este laberinto de montañas.

MONSA. En la montaña y en el llano, Dios bendecirá las tropas de los leales.

BONAIRE. Amén. (Declamatorio). Y hará suya la causa de la Regencia, constituída en esta gloriosa ciudad de Urgell, para arrancar á España de las uñas de toda esa taifa masónica, comunera y democratizante. ¡Muera la libertad!...

SATURNA. (Imponiendo silencio). ¡Ss!..

MONSA. (A Saturna). ¿Qué noticias hay?

SATURNA. Excelentes. La duquesa de Montmorency me dice que monsieur de Villéle se va convenciendo de la necesidad de la intervención. (A don Juan). ¿Y qué? Ese fantasmón de Mina, ¿avanza?

JUAN. Trata de penetrar en la Cerdaña.

SATURNA. ¿Estaremos seguros?

JUAN. ¡Oh, sí!... Puede usted escribir á sus amigos de la corte de Francia que la Regencia y sus guerrilleros indomables sabrán redimir á la nación y devolver al Rey sus fueros, su autoridad sagrada.

MONSA. Muy bien. (Terminada de ovillar la madeja, Bonaire se ocupa en ordenar los ovillos en una cesta).

SATURNA. La Regencia está reunida, según creo.

MONSA. Dos horas llevan ya deliberando.

SATURNA. ¡Y que no saldrán buenas cosas de aquellas tres grandes cabezas!

BONAIRE. La primerita, el gallito como quien dice, mi señor Marqués de Tremp.

MONSA. De mi esposo nada he de decir, pues no es bien que yo le alabe...

SATURNA. Pues ¿y el Arzobispo? ¿Y dónde me dejas al Barón, con aquel pico de oro?

JUAN. ¡Ah!... Pero más que el discernimiento sutil importan hoy el valor rudo, la ira santa, perseguir al democratismo en sus últimas guaridas, despedazarlo sin compasión...

MONSA. Hijo, no tanto.

SATURNA. Aprenda el señor Bonaire.

BONAIRE. (Que está recogiendo la labor de las señoras y poniéndola en una cestita). ¡Ay! en punto á valor, nada tengo que aprender, mi señora doña Saturna. (Se ríen). No es cosa de risa. Soy el hombre más intrépido de la cristiandad, porque soy el más desdichado. Salí de mi casa de Barcelona resuelto á quitarme la vida, poniendo fin á mis horribles desgracias...

MONSA. No; no repita usted la historia.

BONAIRE. Bueno. Pues cuando ya estaba á dos dedos de la muerte, disponiéndome á tirarme por un despeñadero, reflexioné y dije: «Pues más práctico y más cristiano, sí, señoras, más cristiano será ponerme á que me mate una bala de esas condenadas tropas liberales...» Y hé-

teme aquí guerrillero de la santa causa con este soberbio uniforme cogido al enemigo. He tenido la suerte de caer en la Seo con la bendición, y el señor General lo mismo me ocupa en menesteres de la Intendencia, que me manda á batir el cobre á la facción. Y trabajando á pelo y á pluma, cuando no peleo allá, hago pasteles aquí, y guiso, y peino á las señoras, y el señor Regente y el señor Arzobispo me encargan mil diligencias...

SATURNA. No estará usted descontento.

BONAIRE. No, señora. Pero no renuncio al suicidio, digo, á la muerte. ¡Ah! mis infortunios son tan atroces, que no hay lengua que los pueda contar. Verán: la muy perra de mi mujer y mis dos suegras, porque tengo dos, la madre de mi primera mujer y la de...

MONSA. Sí, ya sabemos...

BONAIRE. Total, que quiero morirme. La vida me es odiosa, señoras; la detesto como se detesta una serpiente mordiscona que uno llevara dentro de sí. ¡No quiero vivir, no quiero! Figúrense ustedes que aquellas feroces harpías...

SATURNA. Basta... Si quisiera el señor Bonaire buscar quien lleve á Andorra mi carta para Francia...

MONSA. Antes hágame el favor de ver si Susana está ya vestida.

BONAIRE. Voy.

MONSA. Y que nos traigan las mantillas. Tenemos que salir.

SATURNA. ¡Ah! Nos vuelve locas la dichosa sobrinita.

JUAN. (Leyendo los planos y papeles y pasando al centro con las señoras). A mí también. Pero confieso que su viveza y desenfado me encantan.

MONSA. Ha caído en nuestro pacífico reino como una bomba. En los dos días que lleva en casa, ha hecho una revolución en nuestras austeras costumbres.

BONAIRE. (Volviendo por la derecha con las mantillas). Está dándose la última mano. Ya sale.

MONSA. Tres veces al día se cambia de ropa, á estilo neto de París.

JUAN. Costumbres de la gente principal con quienes ha vivido allá.

BONAIRE. Aquí dejo las mantillas. (Las pone con mucho cuidado sobre la mesa, preparándolas para que se las pongan). Conque... si no me mandan otra cosa...

JUAN. Sí... Averigüe usted dónde están alojados esos señores que han venido de Francia á ponerse al servicio de la Regencia.

SATURNA. ¿Franceses?

JUAN. No, españoles; y, según parece, personas muy principales. (Recogiendo de la mesa unas cartas). Aquí están sus credenciales, que dejaron en mi oficina esta mañana. Además de las testimoniales de Morejón y de Balmaseda, el uno trae carta de monsieur de Bulong, secretario del vizconde de Chateaubriand; el otro de monseñor de Broglie...

BONAIRE. Les he visto. Por las trazas parecen gente muy buena, enemigos furiosos de la mal llamada libertad.

MONSA. Habrá que alojarles en los pabellones de San Juan.

JUAN. Sin duda. (A Bonaire). Dígales usted que los espero.

BONAIRE. Al momento. (Vase por el foro).

ESCENA II

DON JUAN, DOÑA MONSA y DOÑA SATURNA; SUSANA, por la derecha, muy elegante, con sombrero; detrás, BLASA, con el abrigo, el ridículo y dos abanicos.

SUSANA. (Con mucha viveza). ¡Mi tío!... ¿Dónde está mi tío, señor Marqués de Tremp? ¿Dónde se mete vuestra Alteza?

MONSA. ¡Ay, qué fuguilla!

BLASA. Señora, ¿qué abanico lleva?

SUSANA. (Cogiéndolo). Este.

JUAN. ¡Divina petimetra!

BLASA. (Dándole el ridículo). Lleva los dos pañuelos, el librito, los caramelos...

SUSANA. (A don Juan). Tu padre... (Impaciente). ¿Dónde está? Necesito verle al instante.

SATURNA. Tontuela, la serenísima Regencia está deliberando.

BLASA. El abrigo.

SUSANA. Venga... Voy allá. (Vase Blasa).

MONSA. (Deteniéndola). ¡Loca!

JUAN. No: los señores Regentes podrían trastornarse al verte, y Dios sabe qué atrocidades acordarían.

SUSANA. ¡Buena está vuestra Regencia, que me parece á mí como la ínsula de Sancho.

MONSA. ¡Jesús!

SUSANA. ¡Qué cosas tan raras encuentro en mi querida patria! ¿Esto que aquí gobierna y gasta y triunfa es cosa de juego?

SATURNA. ¡Niña!

JUAN. ¿Tú qué entiendes?

SUSANA. Que sí, que sí entiendo, vaya. Soy una gran política. Vengo del país de las ideas, y allí, aunque una se proponga ser tonta, no lo puede conseguir. Yo pienso... Veréis lo que pienso.

MONSA. Veamos.

SUSANA. En el colegio de Saint Denis, donde estuve seis años... ¡oh! todas las niñas éramos frenéticas partidarias de Bonaparte.

MONSA. ¡Virgen de los Dolores!

SUSANA. Le adorábamos. No hacíamos más que bordar águilas y *enes* dentro de una coronita de laurel.

SATURNA. ¡Dios nos asista!

SUSANA. Y cuando el héroe volvió de la isla de Elba y pasó revista á las tropas, fuimos en corporación y le ofrecimos ramitos de flores... ¡Oh, qué hombre, qué genio! Nos miraba con gravedad de estatua, y nosotras le tirábamos besos, así... (Tirando besos).

MONSA. (Persignándose). ¡En el nombre del Padre!...

SUSANA. Pero luego... pasan años, y viene el conde de Provence á sentarse en el trono.

JUAN. ¿Y os hicísteis realistas?

SUSANA. Pero furibundas. En mi colegio no hacíamos más que bordar flores de lís, y todas llevábamos la cinta azul del Espíritu Santo.

SATURNA. Muy bien.

JUAN. ¿Y á Luis XVIII, no le ofrecísteis también ramitos de flores?

SUSANA. Sí... y él nos hizo mil cucamonas y nos cogía la cara. Es un viejo monísimo. En fin, que aquí donde me veis, soy partidaria del vencedor, y proclamo los hechos consumados. Más claro: que soy de la escuela del príncipe de Talleyrand, que come con todos y con todos triunfa y mangonea.

JUAN. Bien, bravísimo.

SATURNA. Como graciosa lo es... Y puesto que te encuentras en casa el absolutismo...

SUSANA. Aquí que no peco... ¡Viva el Rey absoluto!

MONSA. ¡Muy bien!

SUSANA. Absolutismo hasta que nos saturemos bien y pidamos otra cosa. Esta es la opinión, un monstruo que come mucho, pero es *gourmet* y no gusta de hartarse siempre con el mismo manjar. En fin, las victorias que habéis alcanzado sobre los liberales, quiero celebrarlas esta tarde con un bailecito, ahí, en la esplanada.

MONSA. Niña, déjate ahora de bailes.

SUSANA. He mandado á Bonaire que me traiga todos los músicos que encuentre en el pueblo.

SATURNA. Nada; se le ha metido en la cabeza...

SUSANA. Pero ¿qué mal hay en esto? Bailaremos y nos divertiremos. La guerra y la política no están reñidas con el placer honesto. Me he criado en Francia, donde los grandes sucesos históricos se han señalado siempre con ruidosas fiestas... Pero nada dispondré sin tener el permiso de mi tío, el Marqués Regente. Voy á verle.

JUAN. Bajo mi responsabilidad, yo doy el permiso.

SUSANA. Bien, muy bien. Eso es rendimiento; eso es galantería.

JUAN. Tendréis mucha gente. Las sobrinas del señor Arzobispo, las de Castell, las de...

MONSA. Caballeros, muy pocos, porque están todos en el campo de batalla.

JUAN. Puedes invitar á los que han venido de Francia para defender con nosotros al Rey absoluto.

SUSANA. ¿Sí?... ¿Se llaman? ¿A ver si les conozco?

JUAN. El uno... (Recordando). no sé qué de San Valerio...

SUSANA. ¿San Valerio?... Saint Valiere, quizás.

JUAN. No; es español. Hay otro, recomendado por Balmaseda, que trae, además, cartas del secretario de Chateaubriand.

SUSANA. (Con interés). ¿Su nombre...?

JUAN. Berenguer... me parece.

SUSANA. Ya, ya... le conozco. Berenguer. Le vi y le hablé en el bosque de Foix la semana pasada en una fiesta que dió madame de la Grangerie, nuestra parienta.

MONSA. ¿Es francés?

SUSANA. Quiá. Español recriado en el Lauguedoc; el hombre de cabeza más exaltada que he visto en mi vida. Por supuesto, frenético por el absolutismo.

SATURNA. ¿Y están ya en Urgell esos nuevos adalides?

JUAN. Sí... les espero aquí.

MONSA. (Mirando por la izquierda). Concluída la sesión. Tu padre viene.

ESCENA III

DICHOS; EL MARQUÉS DE TREMP, y al fin de la escena, MAGÍN

MARQ. Tres horas de Consejo. ¡Qué fastidio!

JUAN. ¿Y al fin...?

MARQ. Lo que propuse. Reforzar nuestras guerrillas para contener á Mina, y armar cinco mil hombres más con los recursos que nos enviaron Austria y Prusia.

JUAN. Muy bien.

SUSANA. (Abrazándole). Tiito, mi ilustre primo, el jefe militar de la plaza, me ha dado permiso para bailar un poquitín esta tarde.

MARQ. ¿Sí? Me parece muy bien.

MONSA. No te quejarás de tu primo.

SUSANA. ¿Qué he de quejarme? Le tengo en gran estimación.

SATURNA. Se desvive por complacerte.

SUSANA. (Vivamente). Como que quiere casarse conmigo.

MONSA. ¡Chiquilla!

SATURNA. ¡Qué descarada!

SUSANA. Sé que la familia ha tratado de eso... Y mi tío, el señor Marqués Regente, me lo dijo esta mañana.

MARQ. Niña, te lo dije reservadamente. Vamos, ten juicio.

SUSANA. Y reservadamente lo repito yo. Serenísimo tío, repita usted ahora con absoluta reserva lo que yo le contesté.

JUAN. A ver...

MARQ. Pues me ha dicho... que no le gusta marido guerrero, que le preferirá pacífico.

SATURNA. ¡Vaya una necedad!

JUAN. Ya la iremos curando de estas filosofías. En todos tiempos hicieron buenas migas Cupido y Marte.

SUSANA. Retórico estáis. El Cupido que yo conozco se asusta de la fiera...

MARQ. (Riendo). ¿De nosotros?

SUSANA. Y de ellos. Todos sois lo mismo. Quiero decir que odia con toda su alma la guerra fraticida, y no ve con buenos ojos á los héroes de estas luchas crueles y feroces, cualquiera que sea su bandera.

JUAN. Ese será un Cupido extranjero: español no es.

MARQ. Hija mía, abominas de tu raza y de tu familia. Todos en ella hemos sido guerrilleros.

MONSA. Tu padre...

SUSANA. Sí; ya sé... Fué un sectario implacable, terror de los franceses en la gran guerra, y de los liberales en las trifulcas del año 14.

SATURNA. Un defensor del trono legítimo y de la sagrada fe.

SUSANA. Sí, sí... muy bonito. Pero... os diré una cosa, aquí, en confianza. Cuando más gozoso está mi espíritu, lo oscurece y lo aplana una nube negra, la memoria de las

crueldades de mi padre, el tristemente célebre Barón de Celis.

SUSANA. (Irritada). Crueldades no... la guerra es guerra.

MONSA. Tonta, ¿tú qué sabes?

JUAN. Ha leído los amañados relatos de los jacobinos franceses.

SUSANA. He leído, sí; y he oído referir atrocidades sin cuento. En fin, doblemos esa hoja, aunque al tocarla nos manchemos los dedos de sangre. No más guerrilleros, no más espadones, llámense realistas, llámense patriotas.

MONSA. ¡Qué ideas!

MARQ. ¡Maldita Francia, maldita filosofía!

JUAN. Prima mía, tienes que hacerte á nuestra atmósfera.

SATURNA. Amoldarte á nuestras ideas.

MARQ. Para eso te hemos sacado del poder de tus tías maternas, las buenas damas de Crevillard, y ahora te españolizamos, te refundimos.

SUSANA. Bueno, bueno. Por de pronto, divirtámonos.

MARQ. Sí, sí; se aprueba lo del baile. Pero antes irás á pagar tus visitas.

SUSANA. Al momento.

MAGIN. (Por el foro). La litera está pronta.

SUSANA. ¡Ah! Magín, á tiempo llegas. Voy á encargarte una cosa.

MAGIN. Mi niña... mándeme lo que guste.

MARQ. (A doña Saturna mientras Susana habla con Magin). Yo me voy á pie al palacio del Arzobispo. Allí os aguardo, y al regreso entraremos un rato en casa del Barón Regente.

MAGIN. Descuide mi niña. Yo lo pondré todo como un vergel.

SATURNA. (A doña Monsa). ¿Tú no vienes?

MONSA. Iré después. Tengo que hablar á Juan.

MARQ. (A don Juan). Que salgan esta misma noche los refuerzos.

SUSANA. (Haciendo á don Juan una reverencia). Adiós, primo. Y paciencia. La guerra es la paciencia.

JUAN. Lo ha dicho Napoleón el Grande.

SUSANA. Lo digo yo... Susana la Chica. Adiós.

JUAN. (Irritado). Pues yo digo: la guerra es la guerra, ¡vive Dios!

ESCENA IV

DOÑA MONSA y DON JUAN

JUAN. (Con amargura). Ya lo ve usted, madre. Se burla de mí.

MONSA. ¡Inocente! Eres todo bravura, todo coraje militar, y no aprecias las finas estrategias de la mujer.

JUAN. ¿Será eso coquetismo?... Hace dos años, cuando la vi en París... su belleza, sus graciosas extravagancias me volvieron loco, y anteayer, cuando fuí á recibirla á la frontera de Andorra, parecióme un ángel que Dios me enviaba para...

MONSA. Para templar tu alma y aplacar en ella los infames rencores que encienden estas guerras...

JUAN. Quizás...

MONSA. Ya ves que Susana quiere paz, y abomina de vuestros rigores.

JUAN. ¡Contradicción horrible! Porque el rigor es necesario, y nuestros enemigos, no menos crueles que nosotros, nos imponen la barbarie y la ferocidad.

MONSA. ¡Qué pena, Dios mío!

JUAN. Yo quiero terminar la guerra para que mi prima no se asuste de mí. Pero la guerra, ¡ay! no concluye sino con el triunfo del absolutismo, y éste pide sangre, fuego, destrucción. Yo necesito hacer comprender á Susana que si mato y quemo y arraso es porque el santo deber me llena el espíritu y el corazón como ella misma con sus gracias picantes, porque mi fe realista y mi amor á Susana son ya una sola pasión indivisible... ¡El perdón, la benignidad, la relajación de la energía! No puede ser. Resultarían dos hombres en mí, y soy de un solo bloque, entero, absoluto. Si no matara, me parecería que no amaba; si no amara no sabría pelear.

MONSA. Hijo mío. Todo puede conciliarse, el deber y la clemencia.

JUAN. Imposible.

MONSA. Te digo que sí.

JUAN. (Con tenacidad). Digo á usted que no.

ESCENA V

DICHOS; BONALD y BONAIRE, por el foro.

BONALD. Mi General...

JUAN. ¿Qué quiere usted?

BONALD. Saber si se forma Consejo de Guerra á los dos payeses que se vendieron al enemigo.

JUAN. ¡Imbéciles! ¿No mandé que se impusiera castigo inmediatamente?

BONALD. Es que...

JUAN. Yo creí que les habían fusilado ya.

BONALD. (Turbado). Mi General, yo...

JUAN. (Estallando en cólera). Si seguimos así, ¡fuego de Dios! tendré que fusilar á los que con tal apatía cumplen mis órdenes. (Retírase Bonald).

MONSA. ¡Hijo mío, piedad!

BONAIRE. (Aparte). ¡Vaya un genio!

JUAN. ¡Medrados estaríamos con la piedad! Si no castigamos la traición y la negligencia, será forzoso derramar más sangre, más, para concluir la guerra.

MONSA. ¡Oh, qué desdicha! (Vase afligida).

JUAN. (A Bonaire). ¿Y usted?...

BONAIRE. Mi General, esos caballeros que vienen á servir á la serenísima Regencia...

JUAN. ¿Están ahí los tres?

BONAIRE. Por ahora dos, pues el llamado Berenguer ha ido á presentar al señor Arzobispo la carta que trae para él.

JUAN. Que pasen. (Bonaire hace señas desde la puerta del foro, y entran San Valerio y Fabricio. Don Juan revuelve en la mesa buscando las cartas).

ESCENA VI

DON JUAN, BONAIRE, SAN VALERIO y FABRICIO

VALERIO. Saludamos al héroe de Urgell, ansiosos de servir á sus órdenes.

JUAN. Por la causa del Rey y de la verdad. Bien venidos, señores. He leído las cartas de monseñor de Broglie y de madame de Penthievre. ¿Es usted el señor de Berenguer?

VALERIO. Martín de San Valerio, y mi compañero y amigo Fabricio de Mercadal. Berenguer no tardará en venir.

JUAN. Examinadas las credenciales, serán ustedes admitidos á compartir las fatigas y las responsabilidades de esta dura campaña.

VALERIO. Esperamos demostrar á la gloriosa Regencia que sabremos corresponder al honor que nos hace.

JUAN. Ruego á ustedes me dispensen ahora. Mi deber me llama á la ciudadela. Luego les recibirá mi padre, el Regente Marqués de Tremp. Entre tanto, Bonaire se cuidará de aposentar á ustedes en los pabellones de San Juan. Con su permiso...

VALERIO. General, á sus órdenes. (Vase don Juan por el foro).

ESCENA VII

SAN VALERIO, FABRICIO y BONAIRE

VALERIO. (Después de ver que se aleja don Juan). ¡Já, já!... ¡Necio, fantasmón, chacal nunca harto de sangre!

BONAIRE. (Asustado). ¡Silencio!

FABRIC. Déjanos, amigo Bonaire. No viene mal un rato de expansión después de tanto fingimiento.

BONAIRE. (Mirando por las puertas). No hay nadie. Soledad completa.

VALERIO. (Abrazándole). ¿Quién nos había de decir que encontra-

ríamos aquí al gran Bonaire, el famoso pastelero de la calle de la Cucurulla?

BONAIRE. Ni yo contaba con echarme á la cara, en este rincón del mundo, al gran tribuno de las logias, el maestro de esgrima Valeriano de San Martí...

VALERIO. ¡Chist!... que ahora se llama Martín de San Valerio. Al revés te lo digo...

BONAIRE. Ni á mi querido amigo, el hábil impresor y calígrafo Marcos Fabrés... hoy Fabricio de...

FABRIC. Mercadal. Abrázame otra vez, honrado Bonaire.

VALERIO. No nos habíamos visto desde aquella terrible zaragata en el Gran Oriente de Barcelona.

BONAIRE. (Asustado). Por las barbas de Moisés, no habléis aquí de Orientes ni... ¿Sabéis dónde estáis?

VALERIO. En el propio, en el auténtico nidal de las águilas realistas.

FABRIC. Ya daremos cuenta de ellas y de toda su cría.

BONAIRE. ¡Silencio! (Vuelve á mirar por las puertas). Estamos solos. Todo el mundo fuera. Pero decidme, ¿estáis locos?

VALERIO. Quizás.

BONAIRE. ¿Á qué demonios venís aquí?

VALERIO. Lo primero, á cortarte las orejas si nos vendes.

BONAIRE. Poco á poco. Yo ni vendo, ni compro, ni estorbo, ni ayudo. No haré más que callar como una empanada.

VALERIO. ¿Podemos contar con tu secreto?

FABRIC. ¡Oh, sí! Yo respondo de él.

VALERIO. Supongo que no te habrás afiliado en las negras, en las odiosas banderas del servilismo.

BONAIRE. ¡Ah! No.

VALERIO. Pues ¿qué viniste á buscar aquí?

BONAIRE. Una bala que me matara. (Jurando). Por ésta. También soy algo héroe.

FABRIC. Como que en la logia se te puso el nombre de Horacio Cocles.

BONAIRE. Horacio Cocles, sí; pastelero y mártir.

VALERIO. Tunante, tú viniste aquí á comer.

BONAIRE. Sí, hombre; á que me mataran y á comer.

FABRIC. ¿Cómo se entiende?

BONAIRE. Porque yo quería morirme... de cualquier manera, menos de hambre.

VALERIO. Sí... Debe de ser mala muerte... Horacio Cocles, ¿podrías darnos algo... mientras vienen esos señores?

BONAIRE. Sí... (Les indica que se sienten, y saca de una alacena ó aparador una botella y copas). Algo hay aquí para cuando los jefes se pasan la noche de palique.

VALERIO. Venga.

BONAIRE. Echad unas cuantas salvas con esta pólvora roja. ¡Oh! es más viejo que la Inquisición. De éste no beben más que los señores Regentes... y yo. (Sirve en las copas).

VALERIO. (Brindando). Por la Fortaleza. (Bebe). Pues no podemos revelar nuestro secreto, ni aun contando con tu fidelidad.

FABRIC. La cosa es muy grave.

BONAIRE. Sí; ya supongo que no habréis venido á matar moscas. Ello debe ser aventura de gran peligro y dificultad.

VALERIO. Lo que te digo, insigne Bonaire, es que al menor descuido de lengua, te proporcionaré esa bala que tanto deseas. (Saca una pistola y la pone sobre la mesa).

BONAIRE. Te conozco, y la intimación no es necesaria.

FABRIC. Bonaire es leal: de él respondo.

BONAIRE. Nada temáis de mí.

FABRIC. Quizás prefiera otra clase de balas. ¿Se las enseño? (Interroga á San Valerio, el cual afirma con una indicación de cabeza).

BONAIRE. ¿Á ver?

FABRIC. (Quitándose un cinto de seda y mostrándolo). Mira.

BONAIRE. (Lo toca; suenan las onzas que el cinto contiene). ¡Onzas!

VALERIO. Onzas y muertes reparto. Escoge lo que más te agrade.

BONAIRE. ¡Qué bonitas! La verdad es que... ¡Linda metralla!

VALERIO. Para los que ayuden á la causa santísima del pueblo.

BONAIRE. (Asustado). Guardad eso, por San Odón bendito...

FABRIC. Conque ya sabes... (Guardan las onzas y la pistola).

BONAIRE. Ayuda, poca puedo prestaros; pero contad con mi sigilo á toda prueba. ¿Me creéis? ¿sí ó no?

FABRIC. Te creemos, sí.

VALERIO. Y en cuanto á nuestros planes, sólo te diré que hoy somos más exaltados que ayer, y que trabajamos por las libertades y derechos del pueblo, por la...

BONAIRE. Sí; ya sé toda la canción...

VALERIO. Estos señores nos persiguen á sangre y fuego, y tratan de exterminarnos como á bestias dañinas. Pues seamos también cazadores intrépidos... y sagaces. Todos los medios son buenos, con tal que conduzcan al fin... (Se levanta, bebe otra vez y brinda). Por el triunfo de la Casa Fuerte, defendida por estos tres valientes campeones...

BONAIRE. (Recogiendo el servicio). ¿Tres?... Yo no.

FABRIC. Contamos á nuestro compañero Berenguer...

BONAIRE. Ya.

VALERIO. Por cierto que me inquieta su tardanza. Mira si viene. (Fabricio se asoma por la puerta del foro).

BONAIRE. (A San Valerio). ¿Y á ese Berenguer, le conozco yo?

VALERIO. No creo... ¡Oh, gran persona, admirable hallazgo para nosotros!

FABRICIO. (Desde la puerta del foro). Ya viene. Como siempre, abstraido y divagando. Se detiene en la sala de armas mirando las panoplias...

BONAIRE. (Asomándose). ¡Ya, ya le veo!... Parece que habla solo, ó con los retratos que hay en las paredes. (Vuelve al lado de San Valerio). Su figura y sus aires son de persona principal.

VALERIO. Primogénito de la casa de Claramunt de Cerdaña. Familia ilustre de las que fueron perseguidas y dispersas el año 14. Estos demonios de realistas mataron al padre, deshonraron á la hermana, é hicieron tabla rasa de todo...

BONAIRE. Y el tal se guareció en Francia... ¿Es valiente?

VALERIO. Como un Cid pobre y olvidado que quiere abrirse camino por la revolución.

FABRICIO. (Llamando á Berenguer desde el foro). ¡Pst... pst... que estamos aquí!

BONAIRE. Ya, ya te entiendo. Este noble arruinado, y que anhela vengar terribles injurias del dospotismo, es en vuestras manos...

VALERIO. Un arma...

BONAIRE. Ó una herramienta para demoler...

VALERIO. Eso, eso. Te digo que ni buscándolo con candil se encontraría en toda España un martillo como ese.

ESCENA VIII

DICHOS; BERENGUER, por el foro, abstraido y hablando solo.

FABRICIO. Chico, despierta...

VALERIO. Berenguer, deja en paz á los espíritus y ven á nosotros.

BERENG. (Pasándose la mano por los ojos). La soledad pavorosa de este caserón y los odiosos emblemas de la tiranía que veo en él... (Observando la estancia). agobian mi espíritu, apagando las memorias recientes y avivando las pasadas.

VALERIO. ¡Cuidado!... No basta transfigurar la persona, los nombres y la palabra...

FABRICIO. Hay que disfrazar hasta los pensamientos.

BERENG. Sí, sí... No temáis que la farsa se malogre por mí. ¿Habéis visto á ese verdugo, á ese monstruo?

VALERIO. ¿Quién?

BERENG. El General matarife, encarnación de una familia de asesinos.

VALERIO. Moderación en la palabra.

FABRICIO. Estamos solos.

VALERIO. No importa.

BERENG. (Alarmado súbitamente al ver á Bonaire). ¿Quién es ese pájaro?

BONAIRE. Yo no soy pájaro, sino un amigo de los amigos de usted.

FABRIC. Es de confianza. Puedes hablar delante de él.

BERENG. ¿Pertenece á nuestra comunidad?

VALERIO. En espíritu sí.

FABRIC. Y en cuerpo.